

La vida cultural y política en los sesentas

Careaga, Gabriel

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Careaga, G. (1994). La vida cultural y política en los sesentas. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 39(158), 171-182. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1994.158.49851>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

La vida cultural y política en los sesentas

GABRIEL CAREAGA

Los sesentas: los cambios vertiginosos

Los sesentas fueron para muchos una década prodigiosa, por la cantidad de hechos y acontecimientos políticos y culturales que transformaron la cultura planetaria.

La sociedad industrial, altamente desarrollada, llega a su culminación en su tecnología y en sus invenciones. Herbert Marcuse explica que debe entenderse por sociedad industrial aquélla que se caracteriza por la automatización progresiva del aparato material e intelectual que regula la producción, la distribución y el consumo. Es decir, un aparato que se extiende tanto a las esferas públicas de la existencia como a las privadas, tanto al dominio cultural como al económico y político.

Dicha sociedad se caracteriza también por un alto grado de concentración y acoplamiento del poder político y económico.

La racionalidad, así como la eficiencia del aparato tecnológico y el alto grado de productividad logrado por éste, llevan a una coordinación y una manipulación totales, obtenidas en gran parte por métodos invisibles y placenteros. La sociedad de consumo aparece no solamente como una necesidad de bienes y servicios, sino como una obsesión por tener más y más.

Pero al mismo tiempo que la sociedad muestra rasgos de conformismo, aparecen formas de rebeldía y crítica a las sociedades industriales capitalista y socialista.

Fue una década en que se intentaron nuevas formas de liberación social para lograr un uso más racional y equilibrado de la riqueza y de la ciencia. Apareció el pensamiento de la nueva izquierda, que pondría en entredicho el marxismo victoriano dogmático y autori-

tario. Surgió una nueva sensibilidad que le da más importancia a los instintos vitales, al encuentro con el cuerpo, porque había que transformar el mundo y la vida.

La rebelión de los jóvenes

Los jóvenes se rebelaron en todo el mundo. En Norteamérica contra la guerra de Vietnam; en España, contra el franquismo; en Checoslovaquia, contra el stalinismo; en México, contra el autoritarismo y los delirios anticomunistas de Díaz Ordaz; en Francia, contra el conformismo y la apatía de la sociedad. En 1968 los lemas de los movimientos estudiantiles se centraron en los que aparecían en París, donde una juventud iracunda protestó como no se había visto en cincuenta años, y dijeron: "la revolución es una vez más un encuentro y un abrazo. Y cuanto más hago la revolución, más ganas tengo de hacer el amor, cuanto más hago el amor, más ganas tengo de hacer la revolución". Se mezclaban el juego amoroso y el heroico. Todo ese tiempo se presenció y se vivió como un acontecimiento vertiginoso, ya que fue el surgimiento de los cambios más notables de finales del siglo xx. Las transformaciones tecnológica y social se expresaron con la llegada del hombre a la luna en 1969, la revolución cubana, los movimientos estudiantiles, la revolución sexual, el feminismo, el homosexualismo. También fue el tiempo de la crítica al socialismo autoritario y a la violencia política expresada en el recrudecimiento de la guerra fría y en los asesinatos políticos como el de Kennedy y de los líderes del Tercer Mundo como Patricio Lubumba, por parte de la extrema derecha.

La cultura del rock

Fue también el triunfo mundial de un género musical: el rock, que era un estilo no solamente de oír música sino sobre todo de ser joven. Una manera de protestar y rebelarse frente a los viejos y al modelo de la sociedad conservadora.

La cultura del rock fue una novedad para enfrentar los problemas

sociales y eróticos de la adolescencia. Fue una cultura masiva que se compartía por medio de los conciertos en los estadios, de la ropa y de los discos, de los valores de toda una juventud, porque las expresiones en términos sentimentales eran semejantes. La adolescencia solitaria al estilo del joven del *Retrato de artista adolescente* y de *Demián* se convirtió en una colectividad joven. A través de la afirmación del yo compartido, del lenguaje y del estilo de vida que eran una forma diferente de ser y de estar frente al puritanismo y a la represión tradicional. Porque además los cantantes del rock eran como ellos, procedían de mundos similares y tenían la misma edad; los fanáticos del rock fantaseaban con tener el dinero y los éxitos social y erótico de sus ídolos musicales.

Los jóvenes, apuntó el sociólogo Simon Frith, usaban el rock como una ayuda para relajarse, lo mezclaban con un poco de marihuana y parecían tener el mundo en sus manos. Sobre todo cuando iban a las discotecas, donde si bebían y fumaban, lo sudaban bailando y encontrando nuevas parejas eróticas. Y en esta relación de placer con el rock, al público joven se le olvidó que detrás de todo ese mundo brillante había una gigantesca empresa comercial de cantantes, vendedores de discos, distribuidores de drogas que enloquecieron a cientos de autores y grupos por la opresión y el trabajo despiadado a que eran sometidos. El mismo John Lennon dijo, cuando se desintegró el grupo de los Beatles, que todo ese éxito y esa fama mundial les produjo depresión, humillación y vacío existencial al darse cuenta de cómo eran manipulados. Muchos de esos jóvenes de éxito, cantantes fundamentalmente, terminaron destruidos por la mezcla de alcohol y drogas, como Janis Joplin y Brian Jones, al descubrir que detrás del éxito no había más que degradación.

Otro dato fundamental en la cultura del rock es que fue masculino. Hubo ausencia de mujeres que integraran grupos o que desempeñaran papeles creativos. Sólo algunas destacaron como solistas. En realidad toda esa cultura de masas acabó como enajenación. Teodoro Adorno hizo un balance de este tipo de cultura de los cuarentas que podría aplicarse a la cultura juvenil de los ochentas:

En general están intoxicados por la fama de la cultura de masas, una fama que esta última sabe cómo manipular; lo único que

pueden hacer es reunirse en clubes para adorar a las estrellas de cine o para coleccionar autógrafos. Se llaman a sí mismos bichos nerviosos, escarabajos realizando movimientos reflejos, actores interpretando su propio éxtasis. El entusiasmarse por algo, el tener una cosa supuestamente propia es para ellos una compensación de su miserable existencia sin formas.

Lo que es un hecho es que los jóvenes modificaron formas de comportamiento social y moral que parecían inamovibles. Pero también es cierto que los cambios que planteó la cultura juvenil eran desproporcionados a sus fuerzas y a su proyecto social. No tuvieron una memoria histórica y política que les hiciera ver que no es suficiente la experiencia sensorial para la transformación social. Y que, como lo expresó alguna vez Hegel, la única forma de derrotar el instinto animal y convertirlo en razón humana es precisamente a través de la razón política y de la creación cultural. Por desgracia, Hegel veía esa razón humana encarnada en el Estado. Y precisamente en la sociedad del siglo XX las ideologías mistificadoras, autoritarias y antidemocráticas se expresaron en el Estado fascista y en el socialismo stalinista.

Jóvenes extraordinarios

En México a partir de los sesentas se vio, de manera más significativa, el autoritarismo y el conservadurismo de la sociedad, que se mostraba en la opresión política de un solo partido, en la falta de opciones sociales. No había un periodismo político-crítico, se prohibían películas como *De repente en el verano*, porque trataba el tema homosexual, o *La sal de la tierra* que narraba la huelga de unos mineros y que era acusada de película comunista. Y obras de teatro como *La celestina* por inmoral, o *La sombra del caudillo* que fue censurada hasta 1992, pero los cambios existían como impacto del mundo exterior y de la propia sociedad mexicana. En México la cultura literaria y artística, antes que la sociológica, previó los cambios de la década prodigiosa.

En *Las buenas conciencias*, de Carlos Fuentes, se despedía en forma espléndida al adolescente tradicional de la sociedad rural

mexicana. El que vive en provincia, y trata de luchar contra la hipocresía, la estupidez moral y social, pero que finalmente sucumbirá frente a la tradición. El personaje Jaime Ceballos no será lo suficientemente valiente para romper el orden establecido, al finalizar la novela el joven se explica y trata de justificarse:

No he tenido el valor. No he podido ser lo que quería. No he podido ser un cristiano. No puedo quedarme solo con mi fracaso: no lo aguantaría: tengo que apoyarme en algo. No tengo más apoyo que estos: mis tíos, la vida que me prepararon, la vida que heredé de todos mis antepasados. Me someto al orden, para no caer en la desesperación. Perdón, Ezequiel: perdón, Adelina: perdón, Juan Manuel. Supo entonces que sería un brillante alumno de derecho, que pronunciaría discursos oficiales, que sería el joven mimado del Partido de la Revolución en el Estado, que se recibiría con todos los honores, que la familia decente lo pondría de ejemplo, que se casaría con una muchacha rica, que fundaría un hogar: que viviría con la conciencia tranquila.

En 1965, a través de la novela, se empezaron a reflejar las transformaciones sociales y políticas de los nuevos jóvenes. La generación que nació después de 1940 y que creció en pleno desarrollo urbano, ya completamente institucionalizada la vida política del país. Esa juventud universitaria o no, que recibe las influencias del pop-art, de los comics, de la televisión, de los cines norteamericano e inglés, que oye rock, y que hizo, de su forma de vestir, oír música, ver cine y de su manera de hablar, no una moda, sino un estilo de vida. Estos jóvenes no habían aparecido en la literatura hasta 1965, cuando se publicó *Gazapo*, de Gustavo Sainz. A partir de ese momento irrumpió una novelística brillante, vigorosa e irreverente. Los personajes de Sainz acentuaban la división tajante de dos mundos, el de los jóvenes y el de los adultos. El de los jóvenes era mostrado en su elemento, la calle, y en sus particulares circunstancias: ejercicio y búsqueda de una ideología, de una nueva moral. Mientras que la esfera de los viejos estaba siempre determinada por sus gastados convencionalismos éticos y su conformismo.

Tanto *La tumba* como *Gazapo*—escribe Jorge Ruffinelli— asumen el discurso narrativo como eminentemente autobiográfico: el narrador cuenta episodios inmediatos de su vida adolescente, algunos de los cuales se corresponden también con los del autor. Pero la verdad inicial consiste en el tono elegido del relato: se opta por el “discurso intrascendente”, esto es, se le desnuda de todo ademán literario, se le “desprestigia”, para adoptar el coloquialismo, se le aproxima al discurso ordinario de la comunicación, y sin embargo su empleo sirve (como se ve especialmente en *Gazapo*) para innovar las estructuras narrativas; esa innovación incluye una técnica *cuasi collagística* con la participación de cartas, grabaciones, diálogos, diarios personales, etc., manteniéndoles su cualidad metaliteraria.

La otra novela juvenil tan significativa como *Gazapo* fue *De perfil* de José Agustín. Es una vasta obra panorámica sobre la vida de los jóvenes de la ciudad de México en un estilo absolutamente humorista y fresco. José Agustín nos habla de los desengaños, confusiones, sueños y crisis del adolescente. De los que sufren una educación reaccionaria en los colegios más caros de México. De su entrada en la vida sexual, política, con sus crisis religiosas y sus ansias de libertad; de sus afirmaciones rebeldes; uno de los personajes dice: “Me importa un pito que me vean, canallas, para eso soy joven, para hacer lo que se me antoje, para correr, pegar de brincos y fumar hasta por el ombligo”. O de sus confusiones ideológicas.

Diga, no es que me apure, ni que Humberto tenga toda la razón, ni que la esté regando, ni que tenga asegurado mi futuro, ni que me sienta el amo, ni que sea muy tarolas, ni que me vayan a mantener hasta los ochenta y siete años, ni que todos me manejen, ni que vaya a llover mañana, ni que me vaya a morir pronto, ni que vaya a estallar la guerra mundial, ni que me vaya a escapar con Ricardo, ni nada, ni nada, ni nada, pero ¿qué diablos voy a estudiar?

A través de la multitud de anécdotas se nos va revelando la biografía de los adolescentes de clase media, de los que estudian en

las preparatorias oficiales, en el Cristóbal Colón, en el Simón Bolívar, en el CUM, de cómo se divierte, de cómo se aburre, de sus ideales mundanos e "intelectuales". El personaje central descubre el "mundo que habita" a través de sus primeros contactos sexuales, de su iniciación en la vida universitaria y de la crisis matrimonial de sus padres. Aquí José Agustín fustiga toda la mitología de los matrimonios pequeños burgueses. Violeta y Humberto son la expresión máxima del conformismo y no lo es menos el hermano del personaje central, un *cuasi* adolescente que ve televisión todo el día, contesta el teléfono y psicoanaliza a su perro.

Ricardo, por otra parte, es un joven incapaz de acción, que quiere escapar de su casa y escribe un diario elemental y humorístico. Octavio quiere vivir en un mundo de perversión y sadismo. Queta Johnson, la rocanrolera absolutamente libre y plena, goza con sus mentiras y desplantes. Esteban es el joven simulador que pretende ser intelectual, cita frases célebres, es becario de El Colegio de México y hace fiestas "intelectuales". A Esteban le gusta visitar a un grupo de muchachos proletarios. En esta parte del libro el autor logra comunicarnos ese mundo tan diferente de la clase media. El ambiente universitario, con sus jóvenes líderes y los grupos reaccionarios como El Muro está muy bien recreado, cruelmente recreado. *De perfil* logra comunicar el mundo pleno de ideas, situaciones y hechos sociales de una ciudad en la que el desarrollo de la vida económica y social no está acorde con las aspiraciones y las nuevas exigencias morales e intelectuales de los jóvenes que siguen siendo víctimas de la incomprensión y mojigatería de los adultos.

En una palabra, Gustavo Sainz y José Agustín lograron recrear de manera espléndida todo el lenguaje y el comportamiento social popular, sádico, agresivo, tierno y solidario al mismo tiempo de los adolescentes rebeldes de la clase media de la ciudad, pero que en la realidad social su frescura terminó en desesperación y en conformismo, aún más, se transformaron en burócratas corruptos. Esos jóvenes ya de adultos no cumplieron sus promesas libertarias.

El teatro de Julio Castillo también mostró en agosto de 1968, con su primera dirección teatral, el mundo de los jóvenes en *Cementerio de Automóviles* de Fernando Arrabal. Esta obra con atributos simbólicos y personajes adolescentes reveló a un director que recreaba la época, la música de Los Beatles, el mundo de los rebeldes frente a

la autoridad paterna, las nuevas relaciones amorosas. El mundo juvenil se expresaba en la literatura, en el teatro y en la universidad.

Los estudiantes mexicanos en 1968

En febrero de 1966, en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, se llevaron a cabo los cursos de invierno. Era director de la escuela Enrique González Pedrero; el tema fue: *La sociedad industrial contemporánea*. Se invitaron a hablar de la enajenación y de la crisis de la sociedad industrial a Erich Fromm, Irving Louis Horowitz, André Gorz y Herbert Marcuse. Ya se hablaba de la crisis del socialismo burocrático, y se buscaba un socialismo con rostro humano, que la realidad política demostró que era imposible, pero en ese momento las esperanzas del cambio eran creíbles. Marcuse habló de la necesidad de que participaran los estudiantes y los intelectuales como agentes del cambio social, ya que los obreros se habían vuelto conformistas políticamente y sólo les interesaban reivindicaciones económicas. Herbert Marcuse con sus extraordinarios ensayos sobre la sociedad industrial fue el teórico de las rebeliones juveniles.

A partir de 1968, los estudiantes mexicanos han participado de una manera más activa en la lucha política, porque este año tuvo lugar la crisis más aguda del sistema político mexicano. Dicha crisis reveló el estancamiento del crecimiento y el desarrollo económicos. La retórica y el vacío de la política mexicana, los lugares comunes y la demagogia del PRI. Reveló también las injusticias y el autoritarismo; la corrupción y la dependencia crecientes del capital extranjero por parte de la burguesía más reaccionaria y sectaria: los relativos éxitos de nuestro crecimiento económico, en el aspecto cuantitativo, y la estabilidad en lo político durante las últimas décadas, están lejos de haber impedido la concentración de la propiedad y la riqueza. Antes al contrario, la han reforzado con dosis variables de violencia y represión aplicadas por el aparato del Estado. En definitiva, México es una prueba más de que toda economía regida por la ley del valor genera la acumulación concentrada del capital, y de que inclusive el Estado moviliza sus recursos para reforzar esta tendencia. Así, la estructura desigual y desequilibrada de la economía, con

base también en la penetración y la dependencia, ha motivado la concentración del poder económico, origen y raíz de la concentración del poder político.

Esta concentración del poder y la riqueza provocó la rebeldía del sector más sensible de la clase media: los estudiantes, ya que la falta de información política, el monopolio de un solo partido, la absoluta carencia de posibilidades de discusión de los problemas públicos, hicieron, en todos estos años, que la política fuera sólo el chisme, la calumnia y la represión. Por eso las demandas de los estudiantes fueron la necesidad de la democratización del sistema político; la necesidad de un diálogo público, la derogación del Artículo 145 del *Código Penal* y la libertad de los presos políticos.

Como resultados de esas graves contradicciones, desequilibrios, desigualdades y autoritarismo de la sociedad mexicana, el estudiante universitario no tenía expectativas reales de participación concreta, en términos políticos y sociales, en la cerrada y monolítica sociedad mexicana de entonces. Empezó el movimiento estudiantil en México como un acto de provocación. Gastón García Cantú escribió:

Los estudiantes, en el 68, fueron los provocados. Se trató de un claro desafío del gobierno el ataque a las instituciones de enseñanza media en la Ciudadela el 23 de julio y lo que hicieron el 26 frente al monumento a Juárez en la Alameda y a lo largo de la avenida Madero personas que no eran estudiantes (como se comprobó desde entonces): rotura de vidrios de comercios, lanzamiento de botes de basura a media calle, calculada interrupción del tránsito... Todo, obra de bandas organizadas. Los estudiantes fueron espectadores. Resultó asombroso observar que de allí nacieran los ataques de que los estudiantes estaban en los inicios de una rebelión.

La respuesta de los estudiantes no fue violenta: consistió en formular demandas específicas para impedir hechos como los padecidos. Se sabe, y más que los otros habitantes de los alrededores de San Ildefonso, cómo llegaron el 26 de julio policía y ejército en el momento de la salida del turno vespertino de la preparatoria de San Ildefonso para golpear a los estudiantes. Éstos huyeron de la persecución, se parapetaron en el edificio de su escuela. El asalto se consumó con un bazucazo.

¿Por qué sucedió esto? La respuesta es sencilla: creyeron las autoridades de la República que en la Universidad se gestaba un movimiento como el de los estudiantes franceses, en mayo de aquel año, y como los que acaecían, además, en otras partes del mundo. Era un absurdo. Ellos eran los que padecían el complejo de la imitación extralógica, no los estudiantes. No fue, tampoco, un estímulo. Los jóvenes estudiaban y se preparaban a ser espectadores de los Juegos Olímpicos, o dedicarse —lo dijo el mismo Pedro Ramírez Vázquez— a servir en los actos culturales y administrativos de los juegos. El concurso de los estudiantes a los juegos fue de miles. Quizá el 80 por ciento de los trabajadores era de jóvenes.

Las tendencias políticas del movimiento fueron desde el liberalismo hasta el radicalismo extremo; pero generalmente se adoptó el marxismo como explicación del mundo. Pocos son los que comprendieron esta teoría como un método en constante evolución y no solamente como un credo revolucionario. La mayoría creyó que era un sistema cerrado y acabado que podía responder a cualquier problema. Se practicó, en todo caso, un marxismo dogmático, sectario y esquemático.

Naturalmente, existieron grupos que tendieron a informarse con mayor exactitud de los problemas sociales y políticos de México y a aceptar la teoría marxista pero críticamente. Sin embargo, por carecer de organizaciones políticas eficaces no realizaron actividad práctica alguna que respalde su posición teórica.

También apareció el sectarismo en las rebeliones juveniles, como lo ha explicado Lewis S. Feuer:

Esta generación de estudiantes es saludable en muchos sentidos y se ha liberado de muchas de las camisas de fuerza raciales, sexuales, clasistas y culturales de la clase media, sin embargo, entremezclada con esas tendencias saludables, existe una fuerte corriente de nihilismo. En la izquierda universitaria pululan los nihilistas que dan rienda suelta a sus frustraciones y antagonismos utilizando como pretexto la política radical. ¿No han observado que algunas personas hablan de 'paz' y 'no violencia' con los ojos brillantes de odio? ¿No han notado que

muchos de los que claman por la 'hermandad entre hombres' se muestran fríos y calculadores en el trato? ¿No han visto a personas que llevan insignias con la leyenda 'libertad de palabra', interrumpir, abuchear y burlarse de los oradores con los que no están de acuerdo? ¿No han observado a los que hablan de 'derechos civiles' pero acusan de 'servilismo' a todo negro que no apoye su política 'militante'? ¿No han visto a la gente que insulta a gritos a la policía, acusándola de 'brutalidad', al mismo tiempo que tratan deliberadamente de provocarla para que actúe en esta forma? ¿No la han visto? ¿Dónde han estado en estos últimos años? Estos nihilistas pervierten el radicalismo. Los verdaderos radicales tienen aspiraciones, esperanzas y sueños... Los nihilistas, en cambio, quieren la destrucción misma... están contra Norteamérica, contra el gobierno, contra los liberales, contra los moderados, contra el Cuerpo de Paz, contra la universidad.

El autoritarismo ineficaz

Hoy es un hecho histórico el decir que Gustavo Díaz Ordaz provocó en el sistema político mexicano su más grave crisis en 1968 como resultado del autoritarismo del Estado, pero también como consecuencia de la falta de perspectivas tanto políticas como sociales de un sector importante de la sociedad: la clase media que precisamente había sido educada en la Universidad y que quería más participación no sólo cultural sino fundamentalmente económica: también reveló que el sistema político mexicano y su invocación a la democracia y a la revolución no era más que retórica; en la práctica había antidemocracia y dogmatismo político. Es importante recordar que en 1968 se recrudeció la Guerra Fría y que el conservadurismo explicaba todos los procesos sociales a partir de supuestas conjuras que encabezaban Moscú y Pekín, o se responsabilizaba a los profesores e intelectuales críticos de la situación llamándolos "Filósofos de la Destrucción". Díaz Ordaz habló y fundamentó toda la política a nombre del principio de autoridad y el vacío social que creó, estructuró una sociedad de miedo y terror político. La censura artística

en teatro, cinematografía y periodismo político, fundamentalmente, llegó a su máxima expresión en esta época.

El movimiento de 1968 desenmascaró al gobierno y a los conservadores que conjuntamente actuaban como intolerantes y autoritarios, porque a pesar de la invocación a la Constitución, a los héroes nacionales y a la democracia, su respuesta a los problemas políticos fue la represión, llegando a la desesperación con la masacre del 2 de octubre en Tlatelolco que demostró que el sistema político mexicano iba por un rumbo totalmente equivocado.

Esta crisis sirvió para que poco a poco surgieran la sociedad civil y la crítica social y política.

Bibliografía

Hermann Bellinghousen (coordinador), *Pensar el 68*, México, Cal y Arena, 1988, 273 pp.

Gabriel Careaga, *Biografía de un joven de la clase media*, México, Aguilar León y Cal, 1988, 177 pp.

Feuer Lewis, "La noción marxista de alienación y los movimientos estudiantiles", *Deslinde*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972, 36 pp.

Carlos Fuentes, *Tiempo mexicano*, México, Mortiz, 1971, 193 pp.

Gastón García Cantú, *Historia en voz alta: la Universidad*, México, Joaquín Mortiz, 1988, 115 pp.

Eduardo Haro Tecglen, *Las revoluciones imaginarias*, El País, 1988, 184 pp.

Ernest Mandel y otros, *La rebelión estudiantil y la sociedad contemporánea*, México, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, 1973, 132 pp.

Herbert Marcuse, *La sociedad industrial contemporánea*, México, Siglo XXI, 1967, 217 pp.